

Benito Juárez: entre el altar cívico y la satanización (la polémica Bulnes-Sierra: un debate historiográfico)

Alberto del Castillo Troncoso

Para Nestor

Pocos personajes en el curso de la historia de México han alcanzado la dimensión y el status de Benito Juárez. Su ascenso vertiginoso de pastorcillo cuidador de ovejas a la Presidencia de la República ha sido capitalizado por la historiografía oficial como uno de sus mitos cívicos preferidos, y sin duda alguna, fundamentales.

A lo largo de más de un siglo, el Benemérito de las Américas ha encendido apasionadas polémicas, que van desde su condena y satanización, a la exaltación suprema a través de la idealización del altar cívico. Si bien es cierto que la leyenda oficial se apuntaló con los gobiernos emanados de la revolución, podemos señalar que ésta comenzó a fraguarse dentro de la misma generación de liberales que participaron en las jornadas históricas de la Reforma.

De esta manera, y contrariamente a lo que pudiera pensarse, Juárez tuvo algunos detractores dentro de su propio bando, los cuales lo cuestionaron a fondo y lo criticaron de frente, argumentando lúcidamente sus discrepancias.¹ Sin embargo, resulta conveniente resaltar que corresponde a la siguiente generación, la de los autodenominados «liberales-conservadores» el mérito de protagonizar el primer combate historiográfico en torno a su figura.

En este contexto, la publicación que desató el escándalo fue el texto de Francisco Bulnes: *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio* en el año de 1904, cuando el autor, con una amplia trayectoria política

¹ Destacan, entre otros, los casos de Ignacio Ramírez y de Ignacio Manuel Altamirano. Al respecto, véase: Daniel Cosío Villegas, (Coord.), *Historia Moderna de México*, Hermes, México, 1956.

liberal, atacó sin la menor consideración a don Benito, tildándolo, entre otras cosas, de apático, sumiso, cobarde, mediocre, inepto e ignorante.²

La respuesta no se hizo esperar, y desde todos los ángulos y posiciones, don Francisco Bulnes fue virtualmente fulminado por una amplia lista de políticos, ideólogos y escritores liberales que lo acusaron, entre otras cosas, de apasionado, inquisidor, traidor, torpe y mal intencionado:³

[...] apenas anunció *El Imparcial* que la librería Bouret acababa de sacar, «en elegante impresión», *El verdadero Juárez de Bulnes*, no pasó una semana para que las novecientas páginas del libro fueran un escándalo. Editoriales, artículos, cartas abiertas, telegramas de provincia, caricaturas, en la prensa, y en las calles y teatros manifestaciones de protesta, treparon a Bulnes al candelero durante septiembre y octubre. *El Imparcial* sostuvo desde un principio que tocaba a los partidarios de Juárez y a los admiradores de «la obra del gran repúblico» analizar el libro de Bulnes. Pero el mismo periódico, ante la «ola de denuestos» que caía incesantemente sobre Bulnes, también fue el primero en solicitar, aunque en vano, moderación.⁴

No tardó mucho don Francisco en contraatacar a sus múltiples detractores, y lo hizo en forma por demás virulenta, a través de un nuevo texto: *Juárez: las revoluciones de Ayutla y de Reforma*,⁵ publicado al año siguiente, en 1905. En esta nueva obra el autor ahondaba en su corrosivo análisis, burlándose de paso de los «caramelos literarios» de sus censores:

² Al respecto, véase: Francisco Bulnes, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio*, Viuda de Bouret, México, 1904.

³ La lista de detractores es enorme. Entre otras obras cabe destacar las siguientes: Manuel Alegre, *Muchos pájaros con una piedra: reflexiones sugeridas por la lectura del último libro de Don Francisco Bulnes*, La Europa de J. Aguilar, México, 1906; Manuel Balbas, *Los detractores de Juárez: refutación a la obra de Francisco Bulnes titulada: Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma*, Imprenta Victoria, México, 1916; Adalberto Carriedo, *El único Juárez. Refutación a la obra de pretendida crítica histórica que bajo el título de «El verdadero Juárez», escribió Francisco Bulnes*, Julián Soto, Oaxaca, 1904; José del Castillo y R. Juárez, *La intervención y el imperio. Refutación a la obra «El verdadero Juárez»*, México, 1904; Hilarión Frías y Soto, *Juárez glorificado y la intervención y el imperio ante la verdad histórica. Refutando con documentos la obra de Francisco Bulnes intitulada: «El verdadero Juárez»*, Central, México, 1905; Genaro García, *Juárez: refutación a Don Francisco Bulnes*, viuda de Bouret, México, 1904; Fernando Iglesias Calderón, *Tres campañas nacionales y una crítica falaz*, Tipografía económica, México, 1906; Carlos Pereira, *Juárez discutido como dictador y estadista. A propósito de los errores, paradojas y fantasías del Señor Don Francisco Bulnes*, Cámara de Diputados, México, 1972; Ignacio Mariscal, *Juárez y el libro de Bulnes*, Imprenta de Arturo García Cubas, México, 1904.

⁴ Justo Sierra, *Juárez-Justo Sierra*, (prólogo de Antonio Saborit), Océano, México, 1988, p. 11.

⁵ Al respecto, véase: Francisco Bulnes, *Juárez: las revoluciones de Ayutla y de Reforma*, Murguía, México, 1905.

Se me ha dicho que la historia tiene fallos inapelables, que Juárez fue ya juzgado, que adquirió el diploma de ser el primer genio del universo y el primer ángel del paraíso, y que estoy obligado a someterme incondicionalmente al fallo de la opinión pública... hay que considerar como tipo de sintéticos imbéciles a las personas que creen en los fallos irrevocables de la historia, en la inviolabilidad de los hombres declarados gloriosos ante el examen crítico...⁶

De los diversos textos que participaron en esta sugerente polémica, conviene destacar uno que sobresale por la profundidad de su análisis y la lógica coherente de sus argumentaciones. Se trata del libro *Juárez, su obra y su tiempo*, escrito por Justo Sierra en el año de 1905 y publicado al año siguiente, cuando se celebraba el centenario del natalicio del prócer y el propio Sierra ocupaba el Ministerio de Instrucción Pública del régimen porfirista.⁷

De hecho, y como el título lo indica, el autor se aboca a un análisis de la figura de Benito Juárez para vincularlo con su circunstancia histórica concreta. En este sentido, el texto posee una unidad temática precisa, que trasciende los límites de una respuesta específica a Bulnes. Sin embargo, la presencia invisible de éste es constante en el desarrollo de todo el texto, y el propio Sierra dialoga permanentemente con su interlocutor, evidentemente sin nombrarlo:

La personalidad en torno de la cual esta obra ha cristalizado, como un día cristalizó la disuelta república, ha guardado el don de exhumar pasiones que parecen espectros de rencores muertos. Acaso por su imperturbable actitud moral tan consonante con su fisonomía, tiente aún la irreverencia de los iconoclastas que aspiran sólo a la actitud de los apóstoles que derrumban ídolos, atribuyendo el carácter de idolatría a toda gran creencia popular.⁸

A casi un siglo de distancia, la polémica Bulnes-Sierra resulta digna de análisis por diversas razones: no sólo marcó dos aproximaciones distintas a un personaje y a un periodo, sino que apuntaló dos modelos diferentes de crítica histórica, los cuales fueron retomados desde diversas posiciones a lo largo de la presente centuria.

⁶ *Ibidem*, p. 25

⁷ Al respecto, véase: Justo Sierra, *Juárez, su obra y su tiempo*, J. Ballezá Sucs., Barcelona, 1905-1906.

⁸ *Ibidem*, p. 12

Incluso en nuestros días, la obra de Bulnes sigue encontrando detractores, particularmente entre los constructores de la historia oficial. Como botón de muestra:

...tiempo después, otros historiadores deformaron la realidad del acontecer social, algunos por presiones políticas o de instituciones poderosas a quienes no convenía la veracidad del relato, como sucedió con los cronistas españoles del siglo XVI, que ofrecieron una historia incompleta y tendenciosa de las sociedades indígenas sometidas por los conquistadores. Otros, por el afán de destacar su propia participación en los hechos que se relatan, como lo hicieron Hernán Cortés o Bernal Díaz del Castillo, quienes escribieron una versión parcial de la conquista de México, y no faltan quienes, como en el caso de Francisco Bulnes, impulsados por pasiones personales y diferencias ideológicas, se atreven no solamente a deformar la figura señera de nuestra Historia Patria, Benito Juárez, sino que intentan ridiculizar la obra gigantesca del Indio de Guelatao, que es la responsable, quiérase o no, de la integración de nuestra nacionalidad y la organización del Estado Moderno Mexicano.⁹

Por todo esto, conviene detenernos con más cuidado en la argumentación de ambas propuestas para realizar un balance provisional.

De la disidencia lerdista e iglesista al *establishment* porfiriano

Curiosamente, ni Bulnes ni don Justo estudiaron en la Escuela Nacional Preparatoria, por lo que ninguno puede considerarse discípulo directo de Gabino Barreda. Ambos iniciaron sus estudios antes de la inauguración de dicha institución y se adentraron en el positivismo por su cuenta y riesgo desde caminos diversos: la abogacía y las letras, en el caso de Sierra, y la ingeniería, en el de Bulnes (posteriormente los dos impartieron cursos en la Escuela Nacional Preparatoria y formaron parte del selecto cuerpo de profesores de esta importante institución).

Tanto Bulnes como Sierra se iniciaron en la política durante la década de los setenta, cuando apenas rebasaban los veinte años de edad,¹⁰ y no precisamente dentro de las filas porfiristas. De esta manera, Bulnes simpatizaba con los lerdistas, mientras Sierra apostaba todo en favor de Iglesias en el año clave de 1876, cuando éste se quedó aislado en la ciudad de México. Sin em-

⁹ Raúl Bolaños, *Historia de la humanidad. De la antigüedad a la Edad Media*, EPSA, México, 1992, p.7.

¹⁰ Ambos personajes tenían casi la misma edad: Sierra nació en Campeche en el año de 1848 y Bulnes en la ciudad de México en 1849.

bargo, y como señala Cosío Villegas, pronto asimilaría este primer fracaso y extraería adecuadamente las lecciones políticas correspondientes.¹¹

En el año de 1878 los encontramos trabajando en el mismo proyecto ideológico, colaborando en el periódico *La Libertad* cuyo director era el propio Sierra, y que se definía paradójicamente como un diario «liberal-conservador», con lo cual retrataba de una manera precisa la postura política de la generación de liberales que sucedió a la de la Reforma, que alejada de toda atmósfera épica incursionó con pragmatismo y efectividad en la nueva etapa económica y política del país, incorporando la herramienta conceptual del positivismo.¹² En torno a *La Libertad* comenzó a gestarse todo un proyecto político que agrupó a varios jóvenes tan ambiciosos como talentosos, los cuales, aprovechando sus contactos con Romero Rubio, Secretario de Gobernación y suegro de Díaz, saltarían a la palestra del escenario político en 1892 con el sobrenombre que los identificaría de ahí en adelante: los «científicos».

Tanto Bulnes como Sierra consolidaron su trabajo político a través de una larga trayectoria en la Cámara de Diputados, donde por lo general los encontramos defendiendo la misma trinchera. Tal es el caso del famoso debate público en torno a la deuda inglesa, que provocó grandes discusiones en el año de 1884. En aquella ocasión ambos se aliaron para enfrentar la furia de algunos liberales de la vieja guardia como Guillermo Prieto, que se oponían al reconocimiento gubernamental de la deuda. Frente a ellos, tanto Bulnes como Sierra defendieron la línea oficial, reclamando cordura y realismo político.

Por otro lado, no está de más señalar un hecho significativo: si bien nuestros dos personajes conocieron de cerca al general Díaz y tuvieron acceso al entorno presidencial, a diferencia de muchos integrantes de los «científicos», nunca utilizaron esta cercanía para incrementar su fortuna personal. De esta manera, hacia finales del siglo pasado los dos compartían un lugar relativamente modesto dentro del grupo que alrededor del ministro Limantour dirigía las finanzas del régimen, y no fue sino hasta la primera década del presente siglo que este largo equilibrio se alteró y Sierra comenzó a desempeñarse en puestos políticos de mayor nivel hasta ocupar la propia Secretaría de Instrucción Pública.

¹¹ Al respecto, véase: Daniel Cosío Villegas, *Op. cit.* Para un acercamiento biográfico más profundo a la vida de Sierra se puede consultar el excelente trabajo de investigación de Claude Dumas: *Justo Sierra y el México de su tiempo. 1848-1912*, UNAM, México, 1986, 2 vol. Desafortunadamente no podemos decir lo mismo respecto a Bulnes, que todavía está esperando una investigación con alcances parecidos.

¹² Al respecto, véase: William Raat, *El positivismo durante el porfiriato*, SEP setentas, México, 1976.

Finalmente, y para redondear esta brevísima incursión en la trayectoria política de ambos personajes, debemos señalar un aspecto de vital importancia que los hermana: liberales-positivistas cercanos a Díaz, nunca fueron voceros ni apologistas de la dictadura. Por el contrario, sus discursos políticos funcionaron hacia el final del Porfiriato como verdaderos termómetros de la candente situación, como avisos coherentes y razonados de que la reforma política ya no podía posponerse, toda vez que para ambos resultaba claro que el régimen se encaminaría al fracaso si resultaba incapaz de construir las condiciones políticas básicas para la transición al «reino de la libertad» o el «imperio de la ley».

Así concluyó Sierra su gran síntesis de historia patria, titulada *La evolución política del pueblo mexicano*, en el año de 1901:

...así queda definido el deber: educar quiere decir fortificar. La libertad, médula de leones, sólo ha sido el patriotismo de los fuertes. Los débiles jamás han sido libres. Toda la evolución mexicana habrá sido abortiva y frustránea si no llega a ese fin total: la libertad.¹³

Así planteaba Bulnes la necesidad de un cambio en un discurso político pronunciado en el año de 1903:

El país está profundamente penetrado del peligro de su desorganización política[...] El país quiere, ¿sabeis señores lo que verdaderamente quiere este país? Pues bien, quiere que el sucesor del General Díaz se llame... ¡La ley! [...] La paz está en las calles, en los casinos, en los teatros, en los templos, en los caminos políticos, en los cuarteles, en las escuelas, en la diplomacia; pero no existe ya en las conciencias. No existe la tranquilidad inefable de hace algunos años. ¡La nación tiene miedo!¹⁴

Paradojas de la historia, la Revolución Mexicana reservaba finales bastante diferentes para ambos: al término de la dictadura, Sierra guardó un prudente silencio. Su trayectoria, sin embargo, fue reconocida por el propio Presidente Madero, que lo nombró ministro en España, donde falleció en el año de 1912. Bulnes, por su parte, sobrevivió hasta 1924 criticando sarcásticamente al movimiento revolucionario, cuya razón de ser nunca quiso ni pudo comprender.

¹³ Justo Sierra, *La evolución política del pueblo mexicano*, Ayacucho, Lima, 1967, p. 267.

¹⁴ Francisco Bulnes, *Páginas escogidas*, UNAM, México, 1981, p. 110.

Bulnes: la crítica como instrumento de desmantelamiento de la historia oficial

Francisco Bulnes ubicaba su propio trabajo dentro del terreno de la crítica. Su objetivo no era el de realizar una investigación amplia y exhaustiva, ni un trabajo imparcial, objetivo y sereno, sino que, por el contrario, asumía conscientemente los riesgos de una crítica personal, subjetiva y apasionada. El crítico, señalaba el autor retomando la perspectiva de Taine:

[...] debe desconfiar de los hombres célebres, de las grandes palabras, del entusiasmo: no debe tomar las aspiraciones y las exigencias de nuestra sensibilidad como pruebas y certidumbres, debe descomponer las leyes de la óptica moral, debe estar muy prevenido contra las ilusiones de la palabra, contra los compromisos de partido, debe investigar y marcar siempre el punto débil de una época en: una nación, en un hombre, en sí mismo.¹⁵

Con esta mirada tan precisa, iniciaba su reflexión desechando la posibilidad de llegar a establecer un balance definitivo en torno a la figura de Juárez. Por el contrario, reclamaba modestamente para sus textos la categoría de borradores provisionales, a la espera de las críticas y revaloraciones que tuvieran a bien hacer las siguientes generaciones para hacer avanzar el campo de la interpretación histórica.

A lo largo de su extenso trabajo, Bulnes explora los periodos históricos de la Reforma y la intervención francesa, y se concentra en dos protagonistas de carácter negativo que desde su perspectiva condensarían todos los vicios sociales de los mexicanos.

En primer lugar, señala al grupo de los liberales radicales o jacobinos, intolerantes, autoritarios y, paradójicamente, incansables constructores de mitos democráticos. Por otra parte se hallaría el pueblo, salvaje, idólatra, amante sumiso de las tiranías, producto de la unión de dos raíces «malsanas»: la tradición indígena bárbara, supersticiosa y atrasada, y la cultura hispana, torpe e ignorante.

Todo lo anterior explicaría para el autor el enorme grado de inmadurez del pueblo mexicano y su incapacidad para acceder a la democracia. Desde esta perspectiva, habría sido la conjunción de estos factores lo que facilitó la difusión de héroes y próceres falsos y artificiales como el caso que nos ocupa.

¹⁵ *Ibidem*, p.3.

En este tono, Bulnes desarrolla un seguimiento biográfico de Juárez, rastreando su huella hasta la década de los cuarenta, cuando don Benito ocupaba la gubernatura de Oaxaca, a la cual llegó, nos dice el autor, con una filiación santanista, conservadora y clerical. Por aquel entonces— prosigue su relato Bulnes, implacable— Juárez poseía una instrucción de carácter insignificante, y más que adelantarse a su época, como sugerían sus discípulos y admiradores, la verdad es que se retrasaba, pues carecía de un proyecto liberal moderno para enfrentar los agudos problemas políticos y económicos de la época.

Debido a lo anterior, no resultaba sorprendente que durante la Revolución de Ayutla la figura de Juárez fuese desconocida para la mayoría de los liberales, y es que, para Bulnes, don Benito seguía girando alrededor de la órbita clerical, con la consecuente falta de proyecto y propuestas políticas alternativas para la nación. El dato más significativo de toda esta situación lo constituía el hecho «documentable» de la absoluta falta de participación del prócer en los importantes debates del Congreso Constituyente en el año de 1856.

El punto de vista anterior resulta clave para comprender la perspectiva de análisis del autor: el ingeniero Bulnes no critica a Juárez desde la trinchera conservadora, adoptando sus puntos de vista doctrinales. Por el contrario, y esto es quizás lo que provocó tanta molestia e indignación en los círculos políticos de la época, su argumentación es esencialmente liberal. Por ello defiende en todo momento a la Reforma como un paradigma histórico fundamental del siglo XIX, que permitió la transición de una sociedad fanática, jerárquica y autoritaria, subordinada al clero, a una sociedad con pretensiones modernas y democráticas.

Inmersos en esta lógica —continúa el autor— puede desenmascarse el mito cívico que han construido los liberales jacobinos en torno a Juárez y darse cuenta de que careció de una postura relevante durante la Reforma. Como botón de muestra, puede tomarse la famosa ley juarista de supresión de los fueros eclesiásticos, la cual tenía un carácter extremadamente moderado y no ponía realmente en riesgo los intereses clericales, algo —se burlaba Bulnes con su particular ironía— que han hecho a lo largo de la historia hasta algunos reyes canonizados por Roma.

Una vez que nos adentramos en el análisis de la etapa de la Reforma encontramos las críticas y los ataques más severos del autor. Así, se nos habla de un Juárez cobarde y apático, que expide las Leyes de Reforma demasiado tarde, dando tiempo de sobra al clero para poner a salvo sus bienes. En particular, destaca la cuestión del tratado McLane-Ocampo, que

el autor considera una traición a la patria, ya que ponía a México en el terreno de la servidumbre y la dependencia hacia los Estados Unidos.

Resulta interesante percibir en esos años de guerra civil el tratamiento que hace Bulnes de la figura de Juárez a partir de la comparación con otros personajes que brillan con luz propia y que opacan en todo momento la figura dependiente de don Benito, que pasa entonces a ocupar un modesto segundo plano.

En este sentido, destacan dos comparaciones que tienen un gran peso a lo largo del trabajo. Una de ellas es la dicotomía Juárez-Santos Degollado, en la que el primero representa la ineficiencia y la mediocridad, mientras que el segundo encarna la dignidad de la República:

[...] cuando Juárez se embarca en Manzanillo para ir a Veracruz y deja a Degollado la tarea inmensa de luchar contra el enemigo todopoderoso [...] Juárez se dirige a una plaza marítima fortificada, en cambio Degollado no cuenta más que con la desorganización [...] Juárez va a la residencia del gobierno y al primer puerto de la República, y Degollado no cuenta más que con la dificultad de vivir sobre un país ya conquistado por el enemigo.¹⁶

Tanto peso tuvo la revaloración de la figura de Degollado en el texto de Bulnes, que el mismo Sierra tuvo que reconocer la necesidad de realizar una corrección historiográfica que le hiciera justicia a don Santos y redimensionara el enorme peso que tuvo su participación para la victoria definitiva de los liberales en aquellos difíciles años.

La segunda comparación desventajosa para don Benito es la que se refiere a la figura de Melchor Ocampo, político de talento «extraordinario», ideólogo liberal que toma las decisiones realmente importantes. Para Bulnes, Ocampo constituía la figura más representativa de la Reforma, y señala que sólo a través de un aberrante trabajo de deformación histórica se habían podido tergiversar las cosas de tal manera que el liderazgo liberal recayera en manos de una figura tan mediocre como la de Juárez.

Pasando a la última etapa de revisión de la obra de Bulnes se llega al capítulo crítico de la intervención francesa. Los avatares de Juárez contra los franceses son descritos en forma implacable y devastadora. Así, todo lo que intenta o realiza Juárez es visto desde un tamiz negativo, incluso las cosas que

¹⁶ Francisco Bulnes, *El verdadero Juárez y ...*, p. 307.

le salieron bien, como es el caso de la victoria liberal de la batalla de Puebla, que, según Bulnes, estuvo mal planteada en términos estratégicos, y si culminó con la victoria de los mexicanos se debió en forma exclusiva al descuido y el exceso de confianza de los franceses, error que no se volvería a repetir.

Paralelamente a las constantes descalificaciones en torno a la figura de Juárez, muchas de ellas viscerales, subjetivas y excesivamente arbitrarias, el autor se da el espacio para esbozar y desarrollar una serie de planteamientos críticos que contrastan con la historiografía oficialista de la época y que apuntan a delinear cuestiones claves que ubican al investigador interesado en el periodo y plantean la posibilidad de una aproximación más rigurosa a los diferentes personajes y su contexto histórico. Tal es el caso de la reacción de Bulnes frente a la leyenda cívica construida en torno al grupo liberal de los sesenta, al cual llegó a caracterizar como un grupo mesiánico de patriotas imbuídos por convicciones democráticas, que guían al pueblo ante el enemigo reaccionario y conservador.

Frente a este cuadro idílico y maniqueo, Bulnes matiza y desmantela las bases reales de apoyo de los liberales, ubicándolas en los cacicazgos regionales, que habían sido fuertemente golpeados por el centralismo conservador. Bulnes se convierte de esta manera en uno de los primeros críticos en plantear que el triunfo liberal tenía que documentarse a partir de este tipo de factores, vinculando además este tipo de procesos internos con el cambio de fuerzas que significó el triunfo del norte industrial en la guerra de secesión norteamericana y el abandono de las tropas francesas en tierras mexicanas.

En este sentido —finaliza Bulnes su análisis— Juárez no salvó a la República en Querétaro, como reza la propaganda oficial, sino que, por el contrario, en 1867 el Imperio como proyecto político ya había naufragado, y en el hipotético caso de que los conservadores hubiesen resultado vencedores, lo que habría resultado de esto hubiese sido una dictadura militar ultrarreaccionaria, ya que para entonces Maximiliano había perdido toda hegemonía y el liderazgo recaía en los sectores conservadores más atrasados.

Estos son algunos de los aspectos más importantes del análisis de Bulnes que, como hemos visto, lo mismo cae en el insulto y el escarnio descalificadores, que introduce importantes elementos de juicio desde una distancia objetiva que le permite desmenuzar sutilmente los mecanismos corrosivos del poder.

Sierra: la construcción de la historia Patria

A diferencia de la obra de Bulnes, Justo Sierra plantea un trabajo de investigación histórica que rescata y reivindica la figura de Juárez, no para trazar una

apología o dictar un panfleto, sino ubicando al personaje dentro de un contexto histórico bastante complejo, en el que la vinculación de Juárez con su circunstancia nos aporta elementos para comprender su ideología y comportamiento político, así como sus acciones y las de la generación de liberales que participaron en la Reforma, con los cuales Sierra, como representante de una nueva generación de liberales-positivistas, mantiene una distancia crítica, si bien esto no le impide rescatar sus méritos y aportaciones.

En busca de la comprensión del ser humano de carne y hueso, el autor traza un perfil psicológico bastante convincente, que comienza con la misma niñez de don Benito. Lejos de repetirnos la leyenda del pastorcito cuidador de ovejas que idolatraba desde pequeño a la patria, Sierra se sitúa en un horizonte cultural más complejo e intenta comprender la influencia y el impacto que dejaron la guerrilla y las campañas militares del general José María Morelos en una vasta zona de la sierra de Oaxaca en los recuerdos de un Juárez adulto, que muchos años más tarde todavía expresaba con reverencia sus imágenes del caudillo insurgente.

En evidente respuesta a Bulnes, Sierra explora la subjetividad de don Benito, señalando que su fortaleza no residía en su inteligencia, sino en su poderosa voluntad y firmeza de carácter, cualidades idóneas para enfrentar y manejar adecuadamente la situación política del momento, que requería ante todo de tenacidad y perseverancia, más que de brillantez o de genio, en obvia alusión a los señalamientos de Bulnes en torno al talento de Melchor Ocampo.

Para Sierra resultaba clave reivindicar la capacidad política de Juárez, dejando en claro que su aparente pasividad no debía ser interpretada como sinónimo de abulia o mediocridad, sino que formaba parte de una herencia indígena milenaria, en la que la reflexión y la introspección ocupaban un papel central:

...probablemente su temperamento nervioso en lucha con la singular impasibilidad de su espíritu traía como consecuencia un fenómeno neuropsíquico que casi neutralizaba en él las facultades de comunicación, de exteriorización de ideas(...)la impasibilidad de su fisonomía y su silencio habitual lo hacían parecer de obsidiana más que de hueso y carne; esa era una máscara. Allí adentro palpitaba un alma apasionada, entera, toda tramada de energía, de reflejos luminosos de un altísimo ideal de redención social, de patria...¹⁷

¹⁷ Justo Sierra, *op.cit.*, p. 123.

Los planteamientos del autor en torno al movimiento de Reforma constituyen otro aspecto interesante. Si bien Sierra perteneció a una generación que había seguido su propio camino respecto al proyecto liberal jacobino, aludiendo a la utopía idealista que limitaba el pensamiento reformista, todo esto no le impedía sentirse su legítimo heredero. De esta manera, para Sierra los jacobinos eran utópicos y negativos en los tiempos de paz, pero resultaban imprescindibles en los tiempos críticos de las guerras civiles, en los momentos de las definiciones reales para la nación.

En este sentido, para Sierra los liberales jacobinos constituían el único grupo político que en la década de los cincuenta poseía la receta adecuada para solucionar los graves problemas nacionales, ya que solamente a través de una república liberal, laica, que suprimiera los privilegios e intereses de la milicia y el clero, se podía pretender transitar hacia etapas y estadios más avanzados, según la creencia generalizada de la época en el progreso como esquema civilizatorio. Didácticamente, Sierra justificaba de esta manera a la generación de Juárez, argumentando que tuvo que enfrentarse a problemas extremadamente graves, por lo que resultaría bastante arbitrario descalificarlos sin revisar y analizar detenidamente el complejo panorama histórico que los envolvió.

Una lectura atenta de la obra de Sierra puede constatar que aunque por momentos el autor invade los terrenos de la apología: «Juárez jamás dudó del triunfo de la República [...] su fuerza moral incontestable le hizo mover montañas»,¹⁸ en términos generales se sostiene bastante bien, hilvanando sus argumentos de una manera muy sólida, y sobre todo, reivindicando de una manera inteligente la construcción de una historia patria a través de un trabajo razonado y argumentado, con una prosa sutil que recoge por primera vez en un historiador mexicano, una buena parte del bagaje cultural del romanticismo.¹⁹

Para terminar, resulta importante señalar un último comentario en el terreno de la historia de las ideas: si bien la argumentación general de la obra de Sierra responde a su circunstancia histórica y se ubica dentro de las coordenadas del pensamiento de la época, por momentos el autor superó las barreras del positivismo y transgredió sus normas fundamentales para reivindicar el papel de la subjetividad dentro de la historia, privilegiando el papel de la intuición como parte del oficio del historiador, más allá del necesario rigor documental:

¹⁸ *Ibidem*, p. 234.

¹⁹ Al respecto, véase la sugerente reflexión historiográfica de David Brading, *Mitos y profecías en la historia de México*, Vuelta, México, 1988.

Por el carácter de la obra y por mi carácter poco a propósito para minucias que, lo reconozco, son necesarias para fijar las verdades históricas como fijan en sus cartones los alfilleres de los entomologistas a los insectos pocos momentos antes tremulantes de vida, por todo ello, y por ignorancia, habrá que confesarlo aunque me pese, por grave ignorancia, no lleva esta obra aparejada su comprobación documentaria. Sin embargo, cuanto aquí estampo lo he visto vivir en los documentos, en las páginas de la historia y en mis recuerdos, y tal como lo he visto lo he trasladado al papel. Todo ello se mueve y existe en mi espíritu, impresionado por lo que creo la verdad [...] Seguiré contando el cuento que me refiere mi espíritu, escogiendo entre los detalles el significativo, el característico, el que subraya una época.²⁰

Balance final: la necesidad de ambos modelos

Ninguno de nuestros dos autores pretendió haber escrito la última palabra en torno a Juárez y su momento histórico. Ninguno desarrolló una investigación histórica amplia y exhaustiva. Por el contrario, ambas obras constituyen, antes que nada, trabajos de reflexión.

En el caso de Bulnes, éste reivindica para su trabajo el calificativo de crítica. Para ello consultó básicamente correspondencias diplomáticas, como las de Manuel Romero, Payno, Saligny, y obras anteriores, que forman parte de la historiografía liberal, con las que el autor discrepa notablemente, como ya se ha señalado.

En lo que respecta a Sierra, el propio don Justo se encarga de matizar su trabajo, confesando explícitamente una falta de rigor en la documentación, si bien ha suplido ésta con la experiencia directa. De esta manera, el historiador apela constantemente a los recuerdos personales de Benito Juárez, al cual conoció en su época de estudiante y, sobre todo, obtiene información de primera mano a través de la generación de liberales que participaron en la Reforma y la resistencia contra el imperio, muchos de ellos amigos entrañables y compañeros de ruta, o grandes maestros, como es el caso de Ignacio Manuel Altamirano.

Ambos autores realizaron una labor de interpretación histórica en torno a un periodo muy cercano, del cual narran al lector acontecimientos que les concernieron muy directamente. En cierto sentido, la generación de Bulnes y Sierra fue la heredera de la labor juarista, de la que recibieron huellas e impactos fundamentales, por lo que también a ellos les tocó de una manera casi natural evaluarla y señalar sus límites y alcances. Ambos realizaron esta sugerente

²⁰ Justo Sierra, *op.cit.*, p. 345.

reflexión con una distancia crítica de casi tres décadas, caracterizadas por un periodo de paz y estabilidad política inéditas en la historia independiente del país, que, como ambos intuyeron, estaba viviendo sus últimos momentos.

Resulta muy importante destacar que tanto Bulnes como Sierra dirigieron su mirada hacia la figura de Benito Juárez a principios del siglo XX, cuando el régimen porfiriano comenzaba a mostrar signos evidentes de descomposición social, económica y política. Ambos analistas, integrados, pero no cooptados por el régimen, sintieron la imperiosa necesidad de evaluar su situación presente a partir del diagnóstico de los logros y defectos de la Reforma, y muy particularmente, de sus repercusiones en el corto y mediano plazos. Este es el trasfondo que subyace en la prosa crítica y sugerente de ambos historiadores.

En el caso de Bulnes, el acento está puesto en la negación. En su versión de las cosas, Juárez nunca fue importante, su leyenda fue el resultado de las invenciones demagógicas de los jacobinos, pero en realidad la figura de don Benito pasaba a un segundo plano si se le comparaba con Porfirio Díaz. El verdadero triunfo de Juárez hubiera sido, desde la perspectiva de Bulnes, haberse convertido en dictador, pero no pudo hacerlo porque no estaba capacitado para ello, ya que le faltaban la inteligencia y la intuición de Díaz.

Desde una perspectiva diferente, Sierra se abocó a la recuperación de la figura pública del benemérito, resaltando su lucha por la legalidad y el orden republicanos. Político de lealtades institucionales, Sierra se asumía conscientemente como un heredero del movimiento liberal de los sesenta, y aunque había sostenido con ellos diversas discrepancias, nunca cuestionó su patriotismo y su honestidad, valores centrales para don Justo en la tarea de crear y definir una estructura cívica para las generaciones posteriores de mexicanos.

Ambos historiadores formaban parte de una generación diferente, pragmática y realista, que había tomado una gran distancia respecto de los liberales románticos y utópicos de la Constitución de 1857. Sin embargo, tanto Bulnes como Sierra llegaron a conclusiones muy diferentes a partir de la elaboración de sus respectivos presupuestos historiográficos.

Para Bulnes la historia sólo podía caminar si destruía todos los mitos, y ponía en tela de juicio las acciones supuestamente heroicas de los protagonistas. De esta manera, la interpretación histórica sólo avanzaba a partir de la negación constante del pasado. Nada más alejado de la postura de don Justo, el constructor cívico por excelencia, para el cual sólo se lograba avanzar hacia el futuro integrando el pasado al presente, asimilándolo a una

cultura cívica del respeto. En este contexto, no resulta casual que mientras para Sierra el atraso indígena se explicaba por razones sociales y la base del futuro de la nación residía en su conciencia mestiza, desde la perspectiva de Bulnes el país estaba fatalmente condenado al fracaso por su doble pasado indígena y español, que marcaba al pueblo mexicano con una predisposición natural hacia las tiranías.²¹

Sierra, como ya se señaló, se encontraba rozando los límites del positivismo, en diálogo con otras posturas y corrientes políticas e intelectuales, mientras que Bulnes quedó atrapado en los bordes de un determinismo evolucionista, que limitó muchos de sus planteamientos. Insolente y arbitrario, la mayor parte de las veces él mismo resultaba su peor enemigo: diluía su talento en detalles secundarios y viscerales, y sin embargo, sin estos arranques de ira, la obra misma de Bulnes carecería de sentido, ni siquiera podría ser imaginable.

Finalmente, podemos concluir que ambos modelos resultan absolutamente necesarios para la construcción de una historia nacional equilibrada y crítica. Sin modelos como los que propuso y desarrolló Justo Sierra, nuestra interpretación de la historia nunca avanzaría, se estancaría, pero sin trabajos como el de Francisco Bulnes nos sucedería algo quizá peor: quedaríamos atrapados en el regodeo mezquino y conformista de la autocomplacencia.

²¹ En este punto Bulnes no está solo. Por el contrario, sus planteamientos se inscriben en toda una línea historiográfica liberal de interpretación de los periodos indígena y colonial. Al respecto, véanse los interesantes planteamientos del historiador Enrique Krauze, *Siglo de caudillos. Biografía política de México (1810-1910)*, Tusquets, Barcelona, 1994.